

Refugios del Misterio

Partiendo de unas estructuras realmente simples, que evocan constantemente a cajas, a contenedores donde poder guardar todo tipo de objetos, se hallan unas pequeñas aberturas por las que deslizar la mirada hasta su interior.

Este acto inicial puede recordarnos a la actividad de un observador curioso y de hecho implica un movimiento y una acción por parte del espectador. Enseguida se transmuta esa mirada exterior en una mirada hacia el interior, no del espacio que se abre tras la ventana, sino hacia el interior del espectador, hasta lo más profundo de su ser. El acto de asomarse a uno de estos espacios interiores se convierte en un viaje hacia lo más escondido de nosotros mismos. Y allí nos encontramos con la luz de la trascendencia, con nuestro más insondable ser inmortal.

Estos espacios limpios, dominados por una luz cálida que construye y genera una acogida, se ven alterados por pequeños elementos que disturban y desordenan nuestra mirada.

Estos pequeños tableros, escaleras, restos de materiales de construcción actúan sobre el espacio como lo hacen nuestros límites, nuestros terrores, nuestras angustias y dolores en el alma. Por un lado la perturban pero por otro la humanizan. Se convierten, si son asumidos con esperanza, en generadores de una riqueza que completa nuestro ser.

Se trata por tanto de permitir al espectador asomarse por un instante a su propia alma y de escuchar el sonido interior que esta genera, de reconocer la luz existente en ella y de asumir sus penumbras y oscuridades. Éstas transformadas se convierten en materia prima capaz de potenciar una mayor humanidad en nosotros y por lo tanto una mayor espiritualidad, realidad trascendente.

Como unas ramas secas que a modo de desechos son arrojadas al fuego y al contacto con éste se transforman en luz y calor, en energía generadora de nueva vida, así el hecho de asomarse a estos espacios

casi desnudos permite dar la posibilidad al espectador de afrontar sus propios temores y fantasmas para transformarlos en vida, en luz y calor.

Ignacio Llamas